

## **La construcción de variables: diferentes alternativas en el pasaje del concepto al dato**

Néstor Cohen

Gabriela Gómez Rojas

Profesores de la Carrera de Sociología – UBA

Investigadores integrantes del Grupo de Estudios en Metodología de la Investigación Social (GEMIS)-Instituto de Investigaciones Gino Germani – UBA

---

### **INTRODUCCION**

La presente ponencia es el resultado de un seminario iniciado el año pasado y que continúa actualmente en el Grupo de Estudios en Metodología de la Investigación Social (GEMIS) – UBA y de preguntas que nos hacemos cada vez que nuestra práctica como investigadores, nos enfrenta a un conjunto de decisiones referidas a lo que llamamos *construcción de variables*.

El documento consta de dos partes directamente relacionadas entre sí. La primera dedicada a reflexionar en torno a algunas cuestiones vinculadas con el modo de concebir la medición en sociología y la segunda incursiona en diferentes alternativas metodológicas, que permiten materializar lo que entendemos es la medición o más precisamente el acto de medir.

A lo largo del texto recurrimos a ejemplos que han sido elegidos de la producción de otros autores. Desde una perspectiva constructivista de la medición, concibiendo que la teoría no es un modelo estructurado ni definitivo cuyo único destino es ser sometido a contrastación ni tampoco resulta del “diálogo” que el investigador pueda establecer con los datos, sino que la concebimos en un vínculo dialéctico con los métodos y la base empírica, abordamos diferentes alternativas del pasaje del concepto al dato. Recorreremos estrategias con las que solemos trabajar en la investigación sociológica, comparándolas y evaluándolas desde lo eficaces que resultan cuando incursionan en la “cosa oculta”, en la dimensión latente del fenómeno estudiado.

## **INTENTANDO PRECISAR EL CONCEPTO DE MEDICION**

Instalar la cuestión de la medición en las ciencias sociales como debate conduce, necesariamente, a poner la mirada sobre el mismo proceso de investigación, en tanto el acto de medir no se involucra en una etapa o momento particular de este proceso sino que lo atraviesa en una significativa parte de su extensión, acerca de lo cual nos referiremos más adelante. Pero, además, al instalar esta cuestión debemos ser conscientes que acerca del significado y de la comprensión existente en torno a este concepto, no hay un acuerdo tácito ni mucho menos consenso. En este sentido, está vigente aún, y en una magnitud nada despreciable, una concepción estrictamente cuantitativa de la medición. Aquella clásica definición de Campbell (1919) que concibe la medición “como el proceso por el cual se representan cualidades mediante números” y en la misma línea argumental, el planteo de Stevens (1951) para quien “medir es asignar numerales a objetos o acontecimientos de acuerdo a ciertas reglas”, gozan de muy buena salud entre cierto grupo de investigadores sociales muy proclives al uso de los recursos cuantitativos. Contrariamente, entre quienes reniegan de este tipo de recurso para el tratamiento de la realidad social, no conciben la medición como una cuestión metodológica que merezca ser tratada, en tanto la asocian a la idea de cantidad o magnitud, muy lejana a sus intereses académicos. Sea por adhesión o por rechazo a los enfoques cuantitativos, concebir la medición como un proceso plenamente identificado con la magnitud sigue siendo aceptado en diferentes ámbitos de la academia.

Recientemente, y mediante una definición que pone condiciones acerca del carácter inclusivo de este concepto, Marradi (2007) considera un abuso terminológico usar el término medición para la clasificación y el ordenamiento. En otras palabras, no solo adhiere al sentido que Campbell y Stevens han dado en sus definiciones, sino que lo profundiza aceptando al “número” en tanto expresión de una magnitud o cantidad. Si bien sospechamos que en Campbell y Stevens la apelación al número es en su carácter cuantificador, como magnitud, y no sólo como ordenador, estableciendo jerarquías, en Marradi no queda duda alguna que lo homologa a la cantidad. Esta concepción cuantificadora de la medición, si bien no es única es, quizá, la que cuenta con mayores adhesiones.

Esta mirada limita un abordaje más rico, más complejo, es una concepción simplificadora de este proceso que asigna al lenguaje numérico la exclusiva potestad de la medición. Ahora bien, para que ello ocurra es necesario asumir que la distancia

que hay entre un número y otro equivale a la distancia que hay entre un objeto o acontecimiento y otro, respecto de la variable con la que se pretende medir. Se presentan, entonces, dos cuestiones que merecen ser atendidas. En primer lugar, la distancia entre un número y otro son distancias convencionales y universales establecidas al interior de una escala que no depende de condiciones propias del mundo empírico. Sin embargo, las distancias entre los objetos, acontecimientos y/o sujetos, son distancias que no dependen de convenciones y, menos aún, no son universales, sino que dependen de las variables con que se mide, pero éstas son construcciones teóricas y metodológicas. Por lo tanto, las distancias que puedan establecerse desde las variables, son particulares y propias de las definiciones que les son inherentes. Además, una misma variable aplicada a dos sujetos puede expresar diferentes distancias, tantas como diferentes sean las definiciones teóricas que den cuenta de ella. En el campo de las ciencias sociales no siempre puede garantizarse una relación isomórfica entre la escala numérica y el conjunto de objetos, sujetos y acontecimientos que se pretende medir. En segundo lugar, y como consecuencia de esto último, si las únicas definiciones posibles fueran la de Campbell y Stevens, estas ciencias tendrían un conjunto muy amplio y variado de fenómenos inmensurables; en el caso particular de la sociología afectaría a la mayoría de los fenómenos de los cuales se ocupa. Podría afirmarse que es una característica (limitación) de esta ciencias o podría cuestionarse este tipo de definición. Nosotros optamos por la segunda alternativa, no por una cuestión corporativa o tribal, sino porque esta definición, reiteramos, tiene un sentido reduccionista y limitante de la producción de conocimiento, se refiere a un tipo de medición, a aquella en la cual puede establecerse una relación isomórfica entre la escala numérica y las propiedades del fenómeno a medir. Sin embargo, la ciencia no siempre produce este tipo de mediciones. Estas otras modalidades requieren pensar la medición desde una perspectiva conceptual más inclusiva.

¿Por qué surge la necesidad o se propone como objetivo medir? ¿Qué otra acción o acciones generan esta necesidad, esta búsqueda? Se mide para comparar, para establecer semejanzas y/o diferencias. Es un modo, no el único ni necesariamente el mejor, de ordenar la información, los registros de la realidad, para a partir de allí, evaluar e interpretar el resultado obtenido. La evaluación e interpretación deviene de la comparación con otros resultados producidos mediante la misma u otras mediciones. Cuando se compara se observan diferencias y semejanzas, a partir de aquí

se puede, no siempre, establecer un orden o jerarquía de los registros comparados y, de manera menos frecuente aún en las ciencias sociales, pueden representarse con magnitudes las diferencias y semejanzas observadas. En cada acto de medición que se realiza se apela a alguna de las siguientes expresiones:

*Igual o distinto que*

*Mayor o menor que*

*Tanto más o tanto menos que*

La primera expresión nos remite al nivel de medición nominal, la segunda, al ordinal y la tercera, al intervalar o por cociente. Apelar al término nivel implica que entre las tres expresiones hay una relación tal que el pasaje de una a otra significa referirse a diferentes estados de complejidad de la comparación. Pero además implica que en la medida que aumentamos la complejidad del nivel, estamos incluyendo en el nivel superior el significado del o de los niveles inferiores. Cuando decimos que "A" es tanto más que "B", estamos diciendo, también, que "A" es mayor que "B" y que "A" es distinto que "B". A través de estas expresiones siempre comparamos unidades de análisis (sujetos-objetos-entidades de estudio) por medio de conceptos-variables (atributos-características-propiedades). Si "A" es distinto que "B", quiere decir que hay por lo menos dos unidades de análisis que se diferencian a partir de una variable. ¿De qué manera se diferencian? Sólo en tanto y en cuanto "A" y "B" sean clasificadas en categorías distintas en el interior de un mismo sistema de categorías. Sea que estemos cuantificando la diferencia entre un elemento y otro, sea que estemos jerarquizando el lugar de un elemento respecto de otro o sea que estemos señalando que son diferentes o iguales entre sí, sea cual fuere la acción realizada, en las tres estamos llevando adelante el proceso de medición según diferentes niveles de complejidad. Tanto en un caso como en el otro comparamos, indagamos acerca de las diferencias y/o semejanzas entre los elementos en cuestión: medimos. En este sentido, incluyendo estas diferentes modalidades, Canales (1986) tiene una propuesta más amplia para la comprensión de este proceso, concibe la medición como "la cualificación o cuantificación de una variable para un estudio dado (...). La clasificación básica de las variables es lo que permite asignar distintos valores cualitativos o cuantitativos, para los diferentes fenómenos bajo estudio". En esta última parte de su definición nos recuerda la existencia de los niveles de medición como criterios clasificatorios de todas las variables, tanto las cualitativas como las cuantitativas. Canales introduce la idea de la cualificación como inherente al proceso

de medición. Esta perspectiva, si bien está menos difundida, la consideramos más cercana a nuestra concepción.

No pretendemos entrar en un debate -teórica y metodológicamente central en las ciencias sociales- ni tampoco sembrar de dudas el proceso de medición, sólo intentamos reflexionar acerca de la complejidad de un procedimiento no tan simple ni tan obvio. En las ciencias sociales la medición es el resultado de un procedimiento que entrecruza lo conceptual, lo metodológico y lo empírico. Obviar o minimizar el tratamiento de alguna de estas instancias puede conducir a mediciones no confiables ni válidas. En las ciencias sociales no contamos con abundantes recursos metodológicos ni técnicos que permitan disponer de instrumentos de medición estandarizados o suficientemente validados. Más aún, es una característica particular de estas ciencias la de provocar desafíos teórico-metodológicos muy frecuentes, ya que es necesario preocuparse y ocuparse no sólo del fenómeno de estudio sino también de la estrategia de aproximación al mismo. La forma de aproximarse requiere de un ajuste entre los conceptos, el método y las técnicas, a partir de un ida y vuelta entre los supuestos que subyacen al proceso de medición y la correspondiente contrastación empírica. Estos supuestos son las premisas que el investigador tiene para establecer teóricamente el más apropiado sistema de categorías, que le permita reproducir las propiedades de las unidades de análisis que le interesa investigar.

El proceso de medición es un proceso dialéctico que confronta, y unifica a la vez, los conceptos contenidos en proposiciones con aquellos objetos o sujetos de la base empírica a los que hace referencia. El investigador social no apela a métodos ni técnicas apropiados a (propios de) una teoría, sino que construye el nexo teórico-metodológico-técnico a partir de su problema de investigación. No hay correspondencia unívoca ni determinista entre teoría, método y técnica, hay relaciones lógicas entre ellos y alternativas de combinación respetando ciertas condiciones formales. No existe *el método* para dar cuenta de un fenómeno, sino más bien se recurre al método que mejor adecue los conceptos a la base empírica. Independientemente de la estrategia que diseñemos como expresión del nexo teórico-metodológico-técnico, cada vez que nos involucramos en la realidad de estudio a partir de conceptos-variables, producimos algún tipo de medición, más o menos compleja, de la que resultan datos cualitativos o cuantitativos. ¿Qué es lo que está ocurriendo en ese caso, en ese acto intrínseco al proceso de investigación? En primer lugar, ocurre que el sistema de categorías es portador de las alternativas que se suponen

empíricamente posibles para la definición de esa variable. Hay un supuesto inicial que dice que esas y sólo esas categorías son suficientemente exhaustivas para referirse al universo de contrastación. Este supuesto es direccional, fija un camino en el proceso teórico-empírico, por lo tanto, debe explicitarse el marco conceptual que lo contiene. En segundo lugar, una vez efectuada la contrastación empírica, se asume que se ha producido una cierta correspondencia entre el sistema de categorías y las propiedades de las unidades de análisis que son de interés teórico, en otras palabras, se han obtenido registros, observables teóricamente significativos que, como consecuencia de ello, permitirán completar el proceso que conocemos como producción teórica de los datos. Sólo si se da tal correspondencia podemos considerar que esa variable clasifica, ordena o asigna valores-magnitudes a las unidades de análisis en estudio. Por lo tanto, no coincidimos con toda una tradición científica que, como Norman Campbell (1919), considera que “medir es el proceso por el cual se representan cualidades mediante números”. Esta es una concepción reduccionista que excluye la posibilidad de representar cualidades de los objetos mediante categorías cualitativas. Medir es para nosotros comparar mediante una confiable y válida correspondencia entre las propiedades de los objetos o sujetos, entendidas como atributos que los caracterizan y distinguen, y el sistema de categorías teóricamente construido, sea éste cuantitativo o cualitativo. De no ser así, resultaría incomprensible referirse a los niveles de medición nominal y ordinal como habitualmente lo hacemos. En las ciencias sociales contamos con diferentes métodos y técnicas para pasar del concepto definido teóricamente, al concepto definido operacionalmente y, de esta manera, hacer de un concepto un recurso apto (variable) para la producción de los datos.

## ACERCA DEL PASAJE DEL CONCEPTO AL DATO

La bibliografía especializada en las cuestiones metodológicas ha producido una gran variedad de conocimiento acerca de métodos y técnicas de medición en el campo de las ciencias sociales. Pretendemos concentrarnos en algunas reflexiones en torno a determinadas experiencias vinculadas al proceso de medición. Para ello hemos elegido las tipologías como uno de los “casos metodológicos” que contribuyen a discurrir respecto a esto que decidimos llamar *pasaje del concepto al dato*. La elección no es casual, optamos por este recurso como expresión acabada de una alternativa cualitativa de medición.

Un libro clásico en estas cuestiones es el de McKinney (1968) quien sostiene que “el tipo construido (a diferencia del tipo ideal en Weber) puede prestar el importante servicio de funcionar como puente entre la teoría sistemática sustantiva y los datos empíricos relativamente no estructurados”. McKinney considera la tipología como un modelo analítico de una teoría más amplia, en otras palabras, “los tipos ganan importancia teórica y empírica cuando se los coloca dentro de un esquema más general”. Obsérvese qué interesante es esta reflexión, en la medida que trata la tipología no como un recurso metodológico válido en sí mismo, autónomo, sino necesariamente incorporado a la teoría, dependiente de ella. La tipología la ve como orientando la investigación hacia la producción de teoría, “comparando lo que ocurre empíricamente con la construcción heurística”. McKinney hace uso de muchos ejemplos que rescata de la pasada producción sociológica. Entre ellos se destaca la mención que hace a los cuatro tipos de suicidios, tipos construidos según su propia interpretación, de la obra de Durkheim: el “altruista”, el “egoísta”, el “anómico” y el “fatalista”. Señala al respecto que “esta breve consideración de Durkheim sobre las tendencias suicidas debe servir solo para ilustrar la posibilidad de enumerar casos concretos de grupos concretos, y relacionarlos con tipos heurísticos(...). Cuando el analista puede detectar la variación de la incidencia del tipo en varios grupos, puede entonces formular algunos enunciados generales acerca de esos grupos.” Estas consideraciones son para nosotros de gran interés porque ponen el énfasis en primer lugar, en la centralidad de la teoría y en segundo lugar, en cómo el dato resulta de un proceso productivo que involucra tres instancias: la conceptual, la metodológica y la empírica. Es importante señalar que no se da entre ellas una conexión lineal, en cadena, sino de mutuo involucramiento, de puentes que son recorridos en ambos

sentidos y que como consecuencia de ello, pueden producirse reformulaciones conceptuales y/o metodológicas.

Uno de los ejemplos que proponemos tratar en este documento es el de Eric Wright (1994, 1997) quien ha enfocado el abordaje de las clases sociales desde la perspectiva neomarxista. Lo consideramos de especial interés en tanto permite observar cómo se va recorriendo el complejo camino de la construcción de las variables en los términos planteados por McKinney, estableciendo un nexo entre lo empírico y lo heurístico. En este sentido, su perspectiva neomarxista resulta de la centralidad que le otorga a sus observaciones sobre el campo empírico contemporáneo, conservando la noción marxista de explotación en las categorías analíticas que elabora. En una apretada síntesis trataremos de referirnos a las premisas conceptuales, a partir de las cuales Wright construye lo que llama “Tipología de las posiciones de clase en la sociedad capitalista”.

En primer lugar, establece una distinción entre clase y ocupación. Las ocupaciones deben entenderse como posiciones definidas dentro de las relaciones técnicas de producción, mientras que las clases se definen por las relaciones sociales de producción. Las nociones del control y de la explotación en las relaciones sociales de producción son centrales en el análisis de Wright. En su primer esquema afirmó que las relaciones sociales de producción podían dividirse en tres dimensiones: a) las relaciones sociales de control sobre el capital monetario, b) relaciones sociales de control sobre el capital físico y c) relaciones sociales de autoridad, es decir, control de la supervisión y la disciplina en el proceso de trabajo. En segundo lugar, estableció las tres posiciones básicas en las relaciones de clase del capitalismo: la burguesía, a la que caracteriza por poseer propiedad económica y ejercer control sobre los medios físicos de producción y la fuerza de trabajo de otros, la pequeña burguesía que posee y controla sus medios de producción pero no controla la fuerza de trabajo de otros y el proletariado que no tiene la propiedad ni el control de su fuerza de trabajo. Si bien planteó estas tres posiciones básicas, una de sus principales preocupaciones ha sido dar cuenta de la clase media o de los empleados no proletarios de las sociedades capitalistas contemporáneas. Como resultado de ello incluyó estas nuevas tres posiciones: directivos y supervisores quienes no son poseedores de los medios de producción en términos de la concepción clásica marxista, sin embargo, ejercen de hecho diferentes tipos de control sobre los medios materiales de producción y la fuerza de trabajo, muchas veces a gran escala, los empleados semiautónomos quienes no



poseen ni controlan los medios materiales de producción aunque conservan cierto control sobre su propia fuerza de trabajo y los pequeños empleadores (artesanos, pequeños agricultores, comerciantes, etc.) quienes son poseedores, parcial o totalmente, de los medios de producción, controlan la fuerza de trabajo, de muy pequeña magnitud y no pueden dejar de trabajar ellos mismos.

Ahora bien, como este primer esquema recibió críticas teóricas, Wright reformuló el modelo original. Las modificaciones estuvieron orientadas a medir de mejor modo el concepto de explotación. Para ello, distinguió cuatro bienes y su propiedad o control desigual proporcionando la base de diferentes tipos de explotación: bienes de fuerza de trabajo (explotación feudal); bienes de capital (explotación capitalista), bienes de organización (explotación estatal) y bienes de cualificación (explotación socialista).

El siguiente esquema formaliza la tipología propuesta por Wright, a partir de lo señalado en la breve síntesis de los párrafos anteriores.

***Tipología de las posiciones de clase en la sociedad capitalista***

	Propietarios		.....No propietarios.....		Relación c/la autoridad
Contrata obreros y no trabaja	Burguesía	Directivos expertos	Directivos calificados	Directivos No calificados	Directivos
Contrata obreros y trabaja	Pequeños empleadores	Supervisores expertos	Supervisores calificados	Supervisores No calificados	Supervisores
No contrata obreros y trabaja	Pequeña burguesía	Expertos	Obreros calificados	Obreros no calificados	No directiv.
<b>Bienes de cualificación</b>		<b>Expertos</b>	<b>Calificados</b>	<b>No calificados</b>	

Decíamos más arriba que en Wright ocupa un lugar relevante el concepto de explotación y que a partir de la distinción de cuatro bienes introduce un criterio clasificatorio que conlleva cuatro dimensiones de explotación. Obsérvese que para transitar por este pasaje del concepto al dato, construye una tipología en la que combina estas cuatro dimensiones. La que denomina “explotación capitalista” (“propietarios” y “no propietarios”) es lo suficientemente general como para ser la única que incluye a las doce categorías resultantes de la tipología. Las otras tres dimensiones de explotación incluyen parcialmente a las categorías de la tipología. La “explotación feudal” se expresa por medio de la contratación o no de fuerza de trabajo que combina con el propio involucramiento o no en el trabajo. Esta dimensión genera

tres categorías entre los propietarios. La “explotación estatal” se refiere a la relación con la autoridad y la “explotación socialista” a los bienes de cualificación, ambas dimensiones generan nueve categorías entre los no propietarios. Como resultado de la combinación de estas cuatro dimensiones, se constituye un sistema de doce categorías de la variable que llama “Posiciones de clase en la sociedad capitalista”. De este modo Wright recorre las tres instancias que nos referíamos en páginas anteriores, como intrínsecas a la producción del dato: la conceptual (partiendo de la noción de explotación), la metodológica (optando estratégicamente por la tipología como recurso) y la empírica (obteniendo los registros u observables de la realidad en la que se involucre).

Desde otra perspectiva Zygmunt Bauman (2007) recurre a la construcción de tipos ideales para describir el fenómeno del consumo en las sociedades actuales. Este ejemplo resulta interesante pues es el mismo autor quien le dedica un apartado en su producción a las características metodológicas de los recursos analíticos por él elaborados: los modelos de “consumismo”, “sociedad de consumidores” y “cultura consumista”. Bauman (2007) retoma nociones de Weber respecto de los tipos ideales como “herramientas útiles que sacan a relucir ciertos aspectos de la realidad social descrita, mientras que dejan en la sombra otros aspectos considerados como menos relevantes (...) no son descripciones de la realidad: son las herramientas utilizadas para analizarla. Son buenas para hacernos pensar. Y aunque resulte paradójico, a pesar de su naturaleza abstracta permiten la descripción de una realidad social empírica.(...) permiten dar coherencia narrativa a la abrumadora y caótica evidencia de la experiencia humana”. Para el autor los tipos postulan un mundo social empírico más homogéneo y con más coherencia lógica que lo que la experiencia cotidiana nos permite observar.

Si bien a lo largo de esta obra caracteriza a los tres tipos mencionados, en el caso de este trabajo solo se hace mención a uno de ellos: “el consumismo”. Veamos entonces cuáles son los rasgos más sobresalientes que destaca. En primer lugar, el consumismo es un atributo de una sociedad, no de los individuos. Es un “tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistemática, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la

selección y consecución de políticas de vida individuales. El consumismo llega cuando el consumo desplaza al trabajo de ese rol axial que cumplía en la sociedad de productores”.

Para seguir caracterizando al consumismo Bauman introduce la comparación entre dos tipos de sociedades, la de consumidores y la de productores. En esta última la apropiación y posesión de bienes se orientaban a la búsqueda de seguridad a largo plazo en desmedro de la gratificación inmediata. Pero esta búsqueda no es útil en una sociedad de consumidores, el consumismo que se corresponde como estilo de vida a dicha sociedad no asocia la felicidad con la gratificación de los deseos, sino con un constante aumento del volumen e intensidad de los mismos.

Asimismo, se hace presente otra resignificación de la dimensión temporal. La vida es “ahorista”, acelerada, con apremio para adquirir y acumular pero con cierta urgencia en eliminar y reemplazar. La economía consumista descansa en el exceso y los desechos, pues para que aparezcan constantemente nuevos y mejores productos, deben desecharse otros. Y también en la insatisfacción perpetua por parte de los individuos, buscando como camino el denigrar y devaluar los artículos que se consumen ni bien han sido lanzados al mercado. Está presente, también, la economía del engaño, la sobre promesa que apuesta a la irracionalidad de los consumidores, a la emoción consumista. Ya no tiene lugar el consumidor tradicional, aquél que se guiaba por sus necesidades genuinas.

Ahora bien, cabe preguntarse qué tienen en común la tipología de posiciones de clase de Wright y los tipos ideales de Bauman. Ambas buscan la construcción de sistemas clasificatorios y por ende de nuevas variables, para traducirlo a un lenguaje de carácter más metodológico. Los dos autores logran, desde una combinación de distintas variables o dimensiones de análisis, arribar a otras variables: las posiciones de clase por un lado y el consumismo por el otro. Al recorrer la definición del consumismo (tipo ideal) en Bauman, observamos distintas dimensiones que están presentes, algunas de ellas son la búsqueda de la gratificación inmediata, la búsqueda de acumulación de bienes, y el modo de desechar bienes asociado a la insatisfacción permanente, entre otras cuestiones mencionadas por el autor.

Los problemas que abordan son diferentes, los enfoques conceptuales con que tratan las variables, también, son diferentes, pues las pretensiones de los autores son distintas, pero en ambos las referencias teóricas son las que dan sustento a las

tipologías elaboradas. En ambos hay una preocupación de llegar al dato, de producirlo, desde el concepto.

En el trabajo metodológico que realizamos como investigadores tendemos a diseñar tipologías al estilo de la construida por E. Wright y estamos menos abiertos a reflexionar sobre el camino recorrido, como es el caso de autores como Bauman. En este sentido, cabe recordar que Mc Kinney (1968) mostró cómo el empleo de las tipologías ha sido tan usual en nuestra disciplina y cómo asumieron distintas modalidades. Desde su perspectiva, las tipologías aquí expuestas corresponderían a dos clases diferentes, una de carácter gradacional (la de posiciones de clase) y otra de carácter polar (la de consumismo).

Ahora bien, es necesario aclarar qué elementos las definen como constitutivas de una clase u otra. Comenzando por la de consumismo, puede decirse que está emparentada con cierta tradición en las ciencias sociales de tipificar entidades de manera antagónica, pues Bauman recurre en su obra a la comparación, a veces manifiesta y otras implícita, de la característica del “consumo” como propio de la “sociedad de productores” y del “consumismo” propio de la “sociedad de consumidores”. Entendemos que de esta manera está dando lugar a la interpretación del pasaje de un tipo de sociedad a otra, al estilo de lo hecho por Durkheim respecto al pasaje de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, en su estudio sobre la división social del trabajo.

Por otro lado, la tipología de posiciones de clase responde a la búsqueda de cierta gradación, en la cual se pretende no solo tipificar situaciones extremas si no también intermedias. Por ello entre la “burguesía” y “los obreros no calificados” Wright construye diez posiciones de clase. Además, desde las diversas aplicaciones de este esquema de clases se ha mostrado que a pesar de su pretensión relacional, finalmente, se comporta configurando estratos de clase ordenados jerárquicamente, pero esta discusión excede los límites de este trabajo.

## CONCLUSIONES

Dos son las cuestiones que nos interesan destacar en este documento: una referida a una concepción más inclusiva del acto de medir en las Ciencias Sociales en general y en la Sociología en particular. En este sentido, acordamos con quienes entienden la medición como la cualificación o cuantificación de una variable, en tanto parte de la producción de datos. La otra cuestión está referida a destacar cómo se intersectan lo conceptual, lo metodológico y lo empírico en el pasaje del concepto al dato. Consideramos que no es pertinente hablar de *el método* para dar cuenta de un fenómeno, sino más bien debemos recurrir al método que mejor adecue los conceptos a la base empírica. Esta búsqueda de adecuación es la que lleva a intersectar estas tres instancias inevitables en todo proceso de medición.

Hemos elegido, en Wright y Bauman, a dos experiencias de la sociología contemporánea, diferentes pero confluyentes, que muestran sendos tratamientos cualitativos en cuanto a medir las clases sociales uno y el consumismo el otro y destacando su preocupación por el vínculo entre concepto y método. Con Wright y sus tipos construidos y con Bauman y sus tipos ideales pudimos ver, además, cuán eficaces resultaron cuando incursionaron en la “cosa oculta”, en la dimensión latente del fenómeno estudiado. Si bien ésta ha sido nuestra elección, es importante señalar que otros autores han recurrido al uso de las tipologías desde perspectivas metodológicas y técnicas distintas, por ejemplo han apelado al recurso del análisis de clusters o del análisis factorial entre otras alternativas. Estos recursos abren caminos muy interesantes para seguir explorando en el abordaje de lo latente, abordaje que siempre ha sido el gran desafío o el gran obstáculo teórico y metodológico, de toda producción de datos en las Ciencias Sociales.

## BIBLIOGRAFIA

- Bauman, Zygmunt, (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: FCE.
- Campbell, Norman, (1919). *Physics: The Elements*, Nueva York: ed. Dover.
- Canales de F. y otros, (1986). *Metodología de la Investigación*, México DF: ed. Limusa.
- Marradi, Alberto, N. Archenti y J. I. Piovani (2007). *Metodología de las ciencias sociales*, Buenos Aires: Emecé.
- McKinney, John, (1968). *Tipología constructiva y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Stevens, S. S. (1951). “Mathematics, measurement and psychophysics”, en S. S. Stevens (ed.), *Handbook of Experimental Psychology*, Nueva York: Academic Press. (En castellano en Catalina Wainerman (comp.) (1976). *Escalas de medición en ciencias sociales*, Buenos Aires: ed. Nueva Visión).
- Wright, Eric (1994). *Clases*. Madrid: ed. Siglo XXI.
- Wright, Eric (1997). *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis*. New York: Cambridge University Press.